

SOLO TENÍAN UN DESEO

AJENOS
AJENOS
AJENOS

GRISEL ZAMARRÓN

AJENOS

Grisel Zamarrón

Título original: Ajenos.

Autora: Grisel Zamarrón.

Fecha de publicación: Noviembre, 2020.

Diseño de portada: Ailín Calire ©.

Maquetación y diseño interior: Valentinas Uzorskis ©.

2020 ©

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados ©

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Nestor, por creer en mí
y a mis padres, por todo*



Capítulo 1

Para las cinco de la tarde aparcaron la camioneta blanca frente al pequeño portón de metal. Becca salió cargando una caja ligera con un brazo y con su mano libre abrió el pequeño portoncito. Llegó a la puerta de la entrada y sacó las llaves del bolsillo del pantalón. David, su esposo desde hacía tres años, la alcanzó cargando una caja más pesada que sacó de la parte trasera. Entraron a la sala y las dejaron en el suelo.

Luego de años rentando aquí y allá, compraron su propia casa para establecerse en el que sería un buen hogar para sus hijos.

La casa era de un color celeste grisáceo por dentro y por fuera, de un piso, pero con una terraza y un gran jardín al frente, al igual que todas las casas del vecindario; de ahí que todas las calles se llamaran como flores. En algunas, incluyendo esta, estaba rodeado por una pequeña cerca y un portón bajito al centro.

David nació y creció como un hombre de ciudad, acostumbrado al tráfico, el ruido de los autos y al aire contami-

nado por las fábricas, pero su mujer lo había convencido de buscar un lugar a las afueras y llevar una vida más tranquila.

El camión de mudanza había llegado por la mañana para colocar los muebles en su lugar, así para esa hora solo faltaba que él metiera unas cuantas cajas, mientras Becca atravesaba la sala, dejaba bolsas sobre la mesa de la cocina y metía lo frío en el refrigerador.

—¿Qué te parece si plantamos un árbol como el de casa de tus padres?, ¿cómo se llama? —preguntó Becca y su esposo inspeccionó el patio un momento. A pesar de vivir en el centro de la ciudad, en donde era difícil tener un panorama verde, sus suegros tuvieron suerte de tener en su patio un hermoso y resistente árbol que les daba sombra y daba hogar a algunos pajaritos, aunque sí había que regarlo mucho.

—Magnolia... Podría ser un poco más allá del centro —sugirió y su mujer asintió en señal de aprobación—. Iré por Sury, ¿necesitas que traiga algo?

—No, creo que tenemos todo. Ve con cuidado, me saludas a Violeta.

Se despidieron en la entrada con un tierno beso antes de que él se encaminara hacia la camioneta. Becca no sabía nada de jardinería, pero quería una casa bonita y se quedó afuera mirando el césped, imaginando cómo llenar el espacio alrededor del árbol con flores y arbustos.

Pasada una hora de que anocheció, solo había desempacado lo esencial y algunas cosas de la cocina. Recogió las bolsas con la despensa y preparó *omelette* para cenar mientras escuchaba música. Casi terminaba, cuando oyó abrirse la puerta y segundos después vio a su esposo solo y exhausto.

—Hola, amor —saludó desde la estufa.

—Hola... —saludó y se tiró en el sofá—. Adivina qué perrita ya tuvo a sus cachorros —habló, alzando la voz para que se escuchara hasta la cocina.

Sury era una *beagle* muy amorosa y obediente. Pensaban esterilizarla, pero Violeta, la hermana de David, tenía un macho y sus niños querían cachorros. Luego de insistir y usar las caritas de sus sobrinos como arma contra su voluntad, los convencieron de tener una camada y terminaron igual de emocionados cuando su pancita comenzó a crecer.

—¿En serio?! Creí que sería hasta la próxima semana. —Apagó la estufa y corrió a abrazarlo, dejándose caer junto a él—. Qué hermoso, nuestra bebé ya tiene a sus bebés. Y, ¿dónde están?, ¿cuántos son?

—Siguen en casa de Violeta, la camioneta no quiso encender y no iba a cargar con una perra recién aliviada y sus cinco cachorros.

—¿Cinco?! —gritó emocionada—. Pues no... ¿Entonces irás mañana?

—Sí, será mejor de día, por si necesitamos un mecánico.

—Está bien. —Tenía el cabello algo alborotado, significaba que se había pasado las manos por el pelo como cada vez que se estresaba o preocupaba, y se acurrucó junto a él.

—¿No han marcado?

—Recuerda que tardarían alrededor de 10 días... —Rio y de pronto se puso seria—. ¿Qué pasará si no...? —No terminó de formular la pregunta cuando su marido la interrumpió.

—Hey, no digas eso, acordamos ser positivos. No ilusionarnos tanto, pero positivos.

—Sí, tienes razón —confirmó, intentando sonar animada.

—¿Comenzamos a desempacar? —Intentó incorporarse, pero su esposa se aferró a su brazo para impedirlo.

—No hay prisa, es nuestra semana de vacaciones, hay que aprovecharla para descansar, luego tendremos que volver al trabajo.

—Es tú semana de vacaciones —dijo, recalcando el «tú»—, a mí me arrastraste contigo. —Soltó una risita al ver

la expresión traviesa de su esposa, luego asintió y le dio un corto beso—. Está bien, igual ya es algo tarde.

—¡Yay! —expresó entusiasmada y lo besó. Un momento después regresó a la cocina para servir la cena mientras su marido servía vasos con agua.



Becca siempre quiso un hermanito o hermanita, pero cuando tenía diez años sus padres murieron en un accidente de tránsito, quedando huérfana. Su abuela se hizo cargo de ella, pero murió apenas cumplió la mayoría de edad. Tuvo que valerse por sí misma, trabajando y estudiando a la vez. Su vida no fue fácil, pero no impidió que siempre fuera una persona dulce y responsable.

Desde entonces soñó con formar una gran familia. En su época universitaria conoció a David, llevaban tres semanas cuando lo vio jugar con sus sobrinos y en ese momento se dijo que era el indicado. Salieron por dos años mientras terminaban la universidad, graduándose solo con un semestre de diferencia, siendo el primero David. Y un año después, se casaron.

Becca obtuvo varios empleos hasta dar con un arquitecto que le ofreció un trabajo estable y bien pagado; mientras tanto, su esposo trabajó en una pequeña clínica hasta reunir el suficiente dinero para tener su propio consultorio, el cual, fue un éxito. Y, por fin, cuando se sintieron económicamente estables, pues querían darles una buena vida a sus hijos, comenzaron a intentarlo.

Pero las pruebas siempre daban negativo.

Acudieron a un ginecólogo y este les dio la mala noticia: era casi imposible que concibieran un hijo.

El mundo de Becca se derrumbó, de niña nunca tuvo la familia que deseó y ahora nunca la tendría. Pasó las primeras semanas desconsolada, presentándose a trabajar a pesar de no dar su máximo rendimiento, pero por suerte el ar-

quitecto para el que había comenzado a trabajar hacía apenas unos meses era muy comprensivo.

Un viernes, David pasó por ella al trabajo como hacía cada día, ya que podía darse el lujo de decidir su horario, y la sorprendió con un cachorro en el asiento trasero del auto. Claramente no era lo mismo, pero le ayudó a sentirse mejor.

Con el tiempo se fue recuperando, y Sury, su perrita *beagle*, era la pequeña consentida de la casa. Era muy obediente, así que los renteros no tenían problemas con ella.

Un año después, una compañera de trabajo de Becca les sugirió un médico especializado. Ella dudó, por miedo, pero a David le pareció que debían intentarlo.

El día de la cita, el doctor les regresó la esperanza, informándoles que aún existía una posibilidad: la fecundación *in vitro*. David vendió el auto para costear el tratamiento y sus padres les dejaron su vieja camioneta, que de todos modos ya rara vez usaban. Mientras, Becca se quitó las dudas y procedieron con esa técnica. Ahora esperaban a que les llamaran para avisar que un óvulo había sido fecundado y poder seguir con el procedimiento.



Capítulo 2

A la mañana siguiente fueron a casa de Violeta, pero de nuevo, la camioneta no quiso responder. Hicieron varios intentos hasta darse por vencidos y buscaron a un mecánico, pero de los dos que había cerca, ninguno trabajaba los domingos. La hermana de David terminó llevándolos a casa para el mediodía e insistió en dejar ahí a los perros unos días más. Quisieron replicar, pero al ver a los niños jugando alegremente con ellos, quienes se veían contentos de recibir tanto cariño, estuvieron de acuerdo.

—Se va a terminar adueñando de ellos —soltó divertido David cuando la vieron partir.

—Si se queda con los cachorros no hay problema, pero Sury es nuestra.

—Por ahora...

—Me niego, ¡yo quiero a mi bebé! —exigió al tiempo que entraban al jardín y David se giraba para cerrar el pequeño portón.

En ese momento pasó por la banqueta una mujer. Se veía un poco mayor que Becca. Iba bien vestida, con una

blusa blanca de seda y una falda a juego, y con su cabello pelirrojo perfectamente peinado. Parecía una de esas princesas de las películas animadas en las que no se les mueve ni un pelo.

Al notar su presencia, la mujer saludó y ellos le regresaron el gesto. Se habían encontrado con varias personas cuando fueron a ver la casa y cuando salieron esa mañana, y la gente ahí parecía ser agradable. La desconocida siguió caminando y dobló la esquina en la siguiente y última cuadra.

Pasaron toda la tarde sacando ropa de las cajas y acomodándola en el clóset de su habitación, pero era pleno verano y dejaron la de invierno en las cajas para guardarla en el armario. Desempacaron juntos con calma, excepto cuando David se retiraba a cocinar. De los dos, a él se le daba mejor.

En cierto momento el teléfono de la casa sonó y lo tomaron emocionados. Pero eso se desvaneció cuando escucharon que quien llamaba era la compañía de Internet, para avisar que irían al día siguiente. Lógica de la vida: ellos podían seguir laborando en domingo, pero un mecánico no.



Les avisaron que los martes muy temprano pasaba el camión que recoge la basura y, a pesar de que su esposa se lo recordó en la noche, David se quedó dormido sin sacar las bolsas, por lo que a las siete de la mañana corrió en pijama y con tres bolsas llenas de basura en las manos cuando escuchó el camión en la calle.

Lo alcanzó con el tiempo justo y cuando iba de regreso lo detuvo una voz. Del otro lado de la cerca estaba de pie la misma mujer pelirroja que vio días atrás, vistiendo ropa deportiva.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días. No me diga que va a salir a correr, es muy temprano.

—Y por eso es la hora perfecta para correr. ¿Qué tal la mudanza?

—Bien, gracias. Estamos de vacaciones, así que podemos llevarlo con calma. Oh, disculpe, soy David —se presentó, acercándose y dándole la mano.

—Leonor —dijo, extendiendo la mano—, ¿y su esposa?

—Becca, sigue durmiendo.

—Oh, qué lindo nombre. Espero verlos pronto para conocernos mejor.

Se despidieron y David regresó a su habitación. Tiempo atrás acostumbraba a ejercitarse y pensó un momento en su cuerpo que, si bien no tenía sobrepeso, tampoco era exactamente delgado. Pero pasó el momento y volvió a acostarse.



Becca tenía facilidad para relacionarse con las personas, así que no era de extrañar que en pocos días conociera a varias familias vecinas. Una familia incluso los invitó a comer y otra se quedó una tarde platicando con ellos en el parque de la residencia, en el cual la gente sacaba a pasear a sus perros, salía a correr o simplemente iba a tomar aire.

Un mecánico había visto la camioneta el lunes y para el miércoles en la tarde estuvo lista, por lo que el jueves salieron al cine. David llamó a su hermana para avisar que iría por Sury y los cachorros en un par de horas, pero ella le dijo que no estarían en casa.

—Te lo dije, ya se enamoró de ellos. Recuerdo cuando éramos niños y les sacaba canas verdes a nuestros padres cada vez que llevaba un perro de la calle.

—Más le vale que la esté alimentando bien.

—Sí... ese era el segundo motivo de las canas verdes, se gastaba el dinero de nuestros padres en paquetes grandes

de croquetas.

Llegaron al centro comercial y se dirigieron al cine. Tras debatir qué película verían, pidieron entradas para una adaptación de un libro de drama que a Becca le gustaba. Mientras esperaban, compraron palomitas y refrescos, y se sentaron en una mesita a un lado del pasillo, al tiempo que salía un grupo de gente de una sala.

—¡Hola! —Se sorprendieron al escuchar una voz y vieron a su vecina saliendo alegremente con la multitud—. Becca, ¿cierto? Soy Leonor, un placer. —Becca se levantó junto con su esposo y saludaron con una sonrisa—. Querido, ellos son nuestros nuevos vecinos, Becca y David.

—Víctor, un placer —se presentó el esposo de Leonor dándoles la mano con un apretón firme. Era alto y algo musculoso, con el cabello castaño corto—. ¿Por qué no vamos a comer? Aquí abajo hay una pizzería muy buena, nosotros invitamos —ofreció.

—Gracias, pero faltan diez minutos para que nuestra película comience —se excusó David, dejando ver las palomitas que habían quedado ocultas tras ellos.

—Bueno, ¿y qué tal si van a comer a nuestra casa? Prepararemos algo —agregó Leonor—. ¿Qué tal mañana a la una? David dijo que están de vacaciones, no pueden negarse.

—Claro —aceptó Becca—, con gusto iremos.

—Perfecto. —Leonor se emocionó ante la respuesta, le indicó cómo llegar y se despidieron.

—¿Iremos? —inquirió David inseguro, una vez que los perdieron de vista.

—¿Por qué no? Se ven agradables y no tenemos nada que hacer mañana, ya terminamos de instalarnos.

—Cierto, y es la segunda vez que nos invitan, debemos ir.



Capítulo 3

El viernes al mediodía llegaron a casa de sus vecinos, ubicada al final de la última calle, cargando una botella de vino.

Era una casa grande de color beige y molduras blancas, tenía pocas ventanas, pero en el segundo piso había un gran ventanal con efecto de espejo. Era la única que no contaba con patio, una zona estaba pegada a la banqueta, mientras que en otra había tan solo una hilera de arbustos unidos a las paredes y a los álamos que se encontraban al borde de la acera. Sin embargo, entre esa casa y la de a la derecha, había un espacio triangular con plantas silvestres.

No tuvieron la necesidad de llamar a la puerta, Víctor abrió y los hizo pasar al mismo tiempo que los saludaba.

—Me alegra que hayan venido. Le avisaré a Leonor —dijo y se dispuso a buscarla mientras sus invitados se adentraban—. Pónganse cómodos, están en su casa.

Lo siguieron por un pasillo junto a la cocina y la sala comedor. A pesar de trabajar con un arquitecto, para Becca era raro encontrar una casa cuya primera habitación fuera la

cocina, pero no comentó nada. Víctor se retiró y ellos se dejaron caer en la sala, en un sofá color café muy cómodo, y se quedaron recostados mirando el lugar.

La pared del pasillo estaba tapizada con fotografías. La más grande era una foto de ellos el día de su boda, junto a esa había una de tamaño regular de cuando eran más jóvenes, seguramente en su tiempo de novios, y dos más con los padres de cada uno. El resto eran fotos más pequeñas de sus viajes, pues se veían en diferentes lugares del mundo.

La sala y el comedor estaban juntos en una habitación amplia y al fondo de esta había una acogedora chimenea de piedra.

En un par de minutos volvió Víctor con Leonor a su lado, tenía puesto un vestido casual y elegante, el mismo aspecto que mostraba su esposo. La mujer alegremente los envolvió a ambos en un abrazo.

—¡Hola! —saludó con una gran sonrisa—. Qué bueno que están aquí, ¿prefieren comer pechuga de pollo o lasaña?



Becca y David se ofrecieron a ayudar en la cocina, pero tanto Víctor como Leonor insistieron en que era su deber cocinar para los invitados, por lo que se sentaron del otro lado de la barra, junto al comedor.

La barra tenía forma de una especie de 'L', el lado del pasillo era delgado y el que daba al comedor era del tamaño de una mesa, le habría parecido muy grande de no ser porque el espacio era muy amplio. «Esta casa debió costar una fortuna», pensó Becca.

La conversación era amena. Abrieron la botella y charlaron del trabajo mientras preparaban la comida y compartían una copa. Sus nuevos amigos mencionaron que ambos eran contadores y trabajaban para un restaurante exitoso